



# CAPERUCITA ROJA

**H**abía una vez una hermosa niña que vivía con su madre en una pequeña aldea. Al otro lado del bosque, junto a las montañas y a la vera del río, vivía su abuelita, a quien la pequeña visitaba a menudo. La anciana había tejido para su nieta una linda capucha de color rojo y, como la niña no se la quitaba ni a sol ni a sombra, todos en la aldea la llamaban «Caperucita Roja».

Un día de primavera, su madre le dijo:

—Caperucita, la abuelita está enferma. Ve y llévale unas tortas y este tarro de miel. Pero ten mucho cuidado, hija. No te entretengas en el bosque y vuelve antes de que anochezca.

Y Caperucita, feliz como una perdiz, tomó la cesta con las tortas y la miel, y se fue a ver a su abuelita.

—Lalala, lalala, la, la, la, la...

Canturreaba contenta Caperucita cuando un lobo, que andaba con ganas de comerse a alguien, se sintió atraído por su linda vocecita. Oculto entre los árboles y la maleza, siguió muy atento los pasos de la niña, hasta que **DECIDIÓ SALIR A SU ENCUENTRO**.

—Buenos días, Caperucita. ¿Adónde vas tan contenta?

—Voy a la casa de mi abuelita, a llevarle tortas y miel, pero no puedo hablar contigo. ¡Tengo prisa!

Pero si algo quería el lobo era que Caperucita se entretuviera.

—Ah, ¿sí? ¿Y dónde vive tu abuelita?

—Al otro lado del bosque, en la casita que hay bajo las montañas.

—Pues si quieres llegar rápido, ve por este sendero de aquí. Es más corto y, en el camino, podrás cortar unas cuantas flores y hacer un ramo para tu abuelita. Seguro que le gustará.

—¡Qué buena idea! Así lo haré. Gracias, señor lobo. —Y Caperucita se alejó cantando—: Lalala, lalala, la, la, la, la...

—**JA, JA, JA, JA...** —rio el lobo—. Caíste en la trampa, Caperucita. Irás por el camino más largo y yo llegaré antes a la casa de tu abuelita... Ja, ja, ja, ja, ja...



Mientras Caperucita cortaba flores de aquí y de allá, el lobo, que ya había urdido su perverso plan, llegó raudo y veloz a casa de la abuelita.

—¿Quién es? —preguntó la abuelita cuando llamaron a la puerta.

—Abuelita, soy Caperucita —dijo el lobo con voz suave—. *Te traigo tortas y miel...*

Y la abuelita, que estaba algo sorda y tenía muchas ganas de ver a su nieta, no se dio cuenta de que aquella voz no era la de Caperucita...

—Ay, mi pequeña. *Agarra la cuerda y se abrirá la puerta.*

Así lo hizo el lobo, que, ni corto ni perezoso, se abalanzó sobre la anciana.

—¡SOCORROOOOOO!

—¡Arrrrggggg!

Casi sin esfuerzo y de un solo bocado, el lobo se tragó a la abuelita. Aquello debía haber sido suficiente para saciar su apetito, pero el lobo no estaba dispuesto a olvidarse de Caperucita. Estaría a punto de llegar. Tenía que prepararse rápidamente.

—*Ahora me haré pasar por la anciana y esperaré a Caperucita en la cama. Y cuando más confiada esté, me la comeré... Je, je, je, je... ¡Ahí está!* —exclamó al oír a Caperucita—. *¡No hay tiempo que perder!*

Y, rápidamente, el lobo se puso el gorro de dormir de la abuelita y se metió en la cama. Se arropó con las sábanas todo lo que pudo, para que la niña no lo reconociera. Impaciente, Caperucita volvió a tocar la puerta.

—¿Quién es?

—Abuelita, soy yo, Caperucita. *Te traigo flores, tortas y un frasco de miel...*

—*Agarra la cuerda y se abrirá la puerta, pequeña.*

La niña se dirigió contenta y emocionada a la habitación de su abuela. Cuando llegó junto a la cama, le pareció que estaba algo cambiada.

—*Caramba, abuelita, qué orejas tan grandes tienes...*

—*Son para oírte mejor, Caperucita.*

—*Abuelita, qué ojos tan grandes tienes...*

—*Son para verte mejor, Caperucita.*

—*Abuelita...* —dijo temblorosa Caperucita.

—¿Sí?

—*Qué... Qué dientes tan grandes tienes.*

—*Son para... ¡COMERTE MEJOOOOORRRR! ¡Arrrrggggg!*

—*¡Aaaay! ¡Socorrooo! ¡Que alguien me ayude!*

De nada sirvieron los gritos de Caperucita. Al igual que con la abuela, el lobo terminó con la niña de un solo bocado.

Aunque lo cierto es que la comilona comenzaba a pasarle factura y se sentía algo pesado.





—¡Ohhh! ¡Qué gran festín...! Ahora me toca hacer una buena siesta. Este árbol de aquí será suficiente...  
Una sombra grande, fresca... ¡Ahhhh! —bostezó—. Aquí estaré bien...

Un cazador, que había visto al lobo merodear por la casa de la abuelita, se acercó a ver si todo estaba en orden. Encontró la puerta abierta..., pero ni rastro de la abuelita. Un poco más allá, vio al lobo roncando bajo un árbol y luciendo una enorme barriga. Eran demasiadas señales de que algo terrible había pasado.

—Tú te comiste a alguien y, a juzgar por el volumen de tu panza, de un solo bocado —murmuró el cazador—. Humm, tal vez estemos a tiempo todavía...

Y, sin pensarlo dos veces, sacó un cuchillo, abrió la barriga del lobo de arriba abajo y... ¡OH, SORPRESA!  
Caperucita y su abuelita salieron sanas y salvas.

—¡Qué alegría! —exclamó contenta Caperucita—. Pensé que todo estaba perdido.

—¡Ay, mi niña, qué suerte! Le debemos mucho, señor cazador.

—Llevaba días detrás de este lobo —dijo el cazador—. Había destrozado ya tres graneros, pero lo de hoy... Lo cierto es que nunca lo habría imaginado... Ahora busquen un escondite. Aún queda una cosa por hacer...

El astuto cazador relleno la panza del lobo con piedras y la cosió de nuevo. Cuando el lobo despertó, sintió una sed terrible. Casi a rastras, pues la digestión le estaba resultando muy pesada, se acercó al río. Las piedras le pesaban tanto que, cuando se inclinó sobre el río para beber, el lobo cayó al agua y se hundió sin poder salir de nuevo.

Después del susto del lobo, la abuela comprendió que, tal vez, no era buena idea vivir tan alejada en el bosque. Así pues, cerró la casa y volvió con su hija y su nieta a la aldea, donde, según cuentan, tejió capuchas de muchos y distintos colores. Pero su nieta, usara la que usara, era y sería por siempre Caperucita Roja.

